

pasa con las ideas como con los hombres, tienen los defectos de sus cualidades. ¿Por qué ignoraba el cristianismo, á pesar de su caridad, el sentimiento de humanidad que inspiraba á la filosofía? Porque la religión del Cristo es una religión del otro mundo: ¿qué importa al cristiano ser esclavo ó libre en esta tierra? No es ciudadano de este mundo, es ciudadano de la Jerusalén celeste. ¿Qué le importan las instituciones políticas, las formas de gobierno, la libertad ó el despotismo, la igualdad ó los privilegios? Su patria está en el cielo; abandona al César la ciudad perecedera en que pasa algunos años de prueba; nada le mueve á corregir los vicios del orden social, porque estos vicios son para él otras tantas ocasiones para ejercer la paciencia y la humanidad: hé ahí por qué se reduce su caridad á ser individual. Aunque pudiera transformar esta tierra en paraíso, se guardaría de hacerlo, por temor de perder la vida eterna ape- gándose á la vida presente. Mientras el cristianismo quede fiel á este espiritualismo exaltado, no puede ser la humanidad su virtud predilecta: sus virtudes eran virtudes del otro mundo, como él mismo es una religión de la otra vida.

La filosofía del siglo XVIII es una reacción contra esa manera de concebir y de practicar la religión. Á los ojos de los libres pensadores son unos locos los que ajustan su vida á las máximas de la perfección evangélica, y no yerran enteramente al tratar de locura la santidad. El hombre que no vive más que para sí solo es un ser monstruoso, porque es el egoísmo encarnado; y como la existencia fuera de la sociedad es una vida contra naturaleza, no hay más que algunos hombres excepcionales que llegan á realizar aquel extraño ideal, existiendo una lucha entre su religión y su vida real para la masa de los cristianos; de donde en vez de santidad proviene la hipocresía. Bendigamos á los filósofos por haber combatido las virtudes imaginarias del cristianismo y por haberlas reemplazado con las virtudes del hombre y del ciudadano. La reacción era legítima, pero traspasó los límites. La humanidad de los filósofos es exclusivamente una religión de este mundo; rechazan todas las ideas cristianas sobre la vida futura, y los más lógicos no quieren ya oír hablar de la inmortalidad del alma, ni aun de Dios, por temor de que renazcan bajo otro nombre las supersticiones del cristianismo. Aplican toda su inteligencia,

toda su abnegación á embellecer la vida presente; pero cuando esto acabe todo se acabó, con lo que no advierten los filósofos que si el cristianismo tradicional desnaturaliza al hombre, ellos lo mutilan, no teniendo en cuenta un elemento esencial de su naturaleza, lo infinito.

El hombre no se contenta con esta existencia pasajera, por bella que se la suponga; aspira á la eternidad, que es para él una necesidad indestructible; y si se la puede amortiguar durante algún tiempo, renace en seguida con mayor fuerza. Y no es sólo la inmortalidad lo que desea, sino un lazo que desde este mundo le ligue con el ser infinito de quien recibe su existencia y sin el cual no podría vivir. ¿Quién le guiará á través de los escollos de la vida? ¿Quién le inspirará en la lucha de las pasiones contra la ley del deber? ¿Dónde encontrará un apoyo y un consuelo en las inevitables desgracias que acompañan á las más dulces afecciones? ¿Quién sostendrá sus esperanzas? ¿Quién afirmará su fe en los momentos de duda ó de abatimiento? Dios, y sólo Dios. Es necesario, pues, que haya un lazo entre el ser finito y el ser infinito; y este vínculo es lo que forma la esencia de la religión. Al desconocerlo, han destruido los filósofos del siglo XVIII la idea de religión, y en vano la han sustituido con la humanidad: la humanidad no es más que una faz de los deberes que la religión impone, pero estos deberes no constituyen por sí solos la religión. Por más que el hombre se sacrifique á sus semejantes, no bastan estos actos de amor para llenar su alma; ó, por mejor decir, si no se satisface la aspiración hacia lo infinito, que es su necesidad más imperiosa, si, lo que es imposible, llegara á extirparse toda idea que no se ligue á esta tierra, si no viera ya el hombre otro horizonte que el de sus ojos, ¿no se secaría la fuente de abnegación? ¿Qué quedaría al alma así aprisionada sino el egoísmo, la satisfacción de los goces de esta corta vida? Si en los filósofos del siglo pasado no ha sido este el fruto de sus falsas doctrinas, débese á que el hombre no llega jamás á mutilarse; lleva en sí la señal de su origen divino, el elemento de lo infinito, y transporta esta aspiración hasta sus propios errores. Mas esto no impide que el error sea funesto: precisa, pues, venir á la verdad.

La doctrina cristiana y la filosofía son igualmente excesivas; la una destruye la vida presente en

obsequio de una vida futura que es imaginaria; la otra absorbe la existencia infinita del hombre en los breves instantes que pasa sobre la tierra: el exceso del cristianismo ha provocado el exceso contrario. ¿Será necesario demostrar que hay una parte de verdad en las dos concepciones? Precisamente porque la humanidad de los filósofos no basta á las aspiraciones infinitas del hombre ha vuelto el mundo á la vieja fe. Pero ¿es definitiva esta reversión? ¿Es el triunfo del catolicismo sobre la filosofía? Sólo los que no quieren ver pueden forjarse semejantes ilusiones. Las causas que han movido á los libres pensadores á desertar de la religión de lo pasado subsisten todavía en el seno de las sociedades católicas; que hay oposición radical y en todo entre una religión que, por razón de su inmutabilidad, tiene que quedar como la religión del otro mundo, y los sentimientos, las ideas, las necesidades de los pueblos modernos. ¿Qué sucede en esta colisión entre la realidad y el dogma? La realidad prevalece, y de hecho los cristianos viven y obran como la naturaleza del hombre lo exige, lo cual quiere decir que su religión es puramente nominal. ¿Cómo pudiera ejercer influencia en la vida, cuando la vida es en todo lo opuesto de la doctrina religiosa?

En realidad, y á despecho de la reacción católica, la religión está en vías de transformación, transformación que se produce bajo la influencia de los sentimientos que inspiraban al siglo XVIII; sólo que el siglo XIX no rechaza ya lo infinito. Se trata, pues, de llegar á una concepción religiosa que satisfaga juntamente á la naturaleza finita y á la naturaleza infinita del hombre: se necesita una religión que sea de este mundo y del otro; ó, por mejor decir, la oposición entre ambos mundos debe desaparecer en el dogma como se ha borrado ya de la realidad. No hay más que una vida infinita, progresiva, pero que jamás cambia radicalmente en cuanto á las condiciones de existencia; la transformación es siempre una evolución: el mundo futuro no difiere, pues, fundamentalmente del mundo actual, es su rigurosa y lógica consecuencia; y desde luego no existe el abismo que el cristianismo abre entre la vida presente y la futura: tan santa es la una como la otra. Razón tenían en este sentido para predicar la humanidad los filósofos del siglo XVIII: el hombre debe cumplir todos sus deberes de hombre y de ciudadano; esa es su misión

sobre la tierra. Pero su misión no acaba en esta breve existencia, y en este punto viene á rectificar el sentimiento cristiano lo que hay de erróneo en la filosofía del siglo pasado. El hombre está destinado á un desarrollo infinito; es necesario, pues, que viva, no como si fuera una planta de esta tierra, sino en vista de la carrera infinita que tiene que recorrer. Así se reanuda el vínculo entre el Creador y la creación que rompía ó desconocía el siglo XVIII, y así tendrán los hombres una religión que satisfaga todas las necesidades de su naturaleza y que les guíe hacia el término de su destino.

#### § IV.—El siglo XVIII y la revolución.

El gran crimen de la filosofía á los ojos de los reaccionarios es haber precipitado á la Francia y tras ella al mundo en el torbellino de las revoluciones. En estas acusaciones apasionadas entra por mucho la ceguedad de los hombres de lo pasado: parece que no viven en una época en que han llegado á ser las revoluciones casi un hecho habitual. El espectáculo diario de los movimientos violentos que trastornan á las sociedades debería enseñarles, á lo menos, las leyes que los rigen; que las tempestades y los temblores de tierra tienen sus leyes como la marcha regular de los astros. ¿Quién hace las revoluciones? ¿Son acaso las generaciones que asisten á esas convulsiones, ya como actores, ya como víctimas? Cuando el vapor comprimido, no encontrando ninguna salida, hace saltar una máquina, ¿hay que culpar al vapor, ó al maquinista que se olvidó de poner una válvula de seguridad ó que no la abrió á tiempo? Verdad es que no son máquinas las sociedades humanas, y que juega en ellas su papel la libertad del hombre; mas por lo mismo no son las revoluciones una necesidad fatal; no hay ninguna que no pueda ser prevenida. ¿Cómo prevenir esas explosiones violentas que jamás hacen bien, sino asolando, como las tempestades que purifican la atmósfera al mismo tiempo que siembran la ruina? No conocemos más que un medio: el proceso regular de las reformas sociales. Hay una revolución que debe producirse necesariamente, y es la marcha progresiva de las sociedades hacia el término de su destino. Ahora bien: el progreso implica la transformación incesante de las ins-



tituciones políticas y religiosas. Cuando las sociedades están organizadas de modo que se pueden transformar por una vía constitucional, se libran por esto mismo de la necesidad de una transformación violenta; mas si hay, por lo contrario, en una sociedad instituciones ó corporaciones que se pretenden inmutables, y, por consiguiente, se resisten á todo cambio, á todo progreso, entonces se hace la revolución una necesidad tan fatal como la explosión de una máquina de vapor, cuando el vapor no tiene salida.

¿Habrá que preguntar si en la Francia del siglo XVIII y en el continente encontraba el progreso regular esos obstáculos invencibles que conducen fatalmente á una catástrofe? La monarquía era absoluta y atribuía su poder á Dios para santificarlo y ponerlo al abrigo de todo ataque. Hé ahí ya un elemento inmutable que se oponía á toda transformación. En efecto, jamás puede consentir en abdicar el derecho divino. ¿Quién inspiró á la monarquía esa funesta preocupación de una autoridad divina? El cristianismo tradicional. Y no hay que decir que este mismo se pretendía divino: la Iglesia atribuyó el privilegio de la divinidad á hombres que se dicen órganos de Dios, á instituciones que se pretenden fundadas por Dios: todo en el catolicismo era divino, hasta los más vergonzosos abusos de la dominación clerical. Hé aquí, pues, otro elemento inmutable, y el más inmutable de todos, como el más funesto, porque las pretensiones del catolicismo destruían toda libertad civil y política, no dejando siquiera al hombre la libertad de su fuero interno, de su conciencia. La Iglesia y la monarquía se apoyaban recíprocamente: era una máxima del antiguo orden de cosas que el trono y el altar son solidarios. ¡Funesta solidaridad, que es la fuente primordial de las revoluciones que agitan al mundo europeo! La religión se aliaba con la fuerza para mantener á las naciones bajo el yugo que la violencia, ayudada por la fe, les habría impuesto. ¿Cómo se había de transformar una sociedad semejante? Pretendía ser perfecta, y la perfección no tiene necesidad de cambio.

La pretendida perfección del antiguo régimen consistía en una imperfección horrible. ¿Cuál era la misión de la filosofía en presencia de los mil abusos acumulados durante siglos? La filosofía no es posible si no goza de la libertad de pensar. Ahora bien, el libre pensamiento pasaba por un crimen

capital en el bienaventurado régimen del derecho divino; los filósofos eran, pues, forzosamente revolucionarios, sólo por el hecho de ser filósofos; necesitaban para existir demoler la Iglesia, porque la Iglesia les negaba el derecho sin el cual no existe la filosofía: era para ellos una cuestión de vida ó muerte. Habrían querido los filósofos separar la causa de la Iglesia de la del Estado; hicieron proposiciones á los reyes; les dijeron y repitieron que, lejos de ser enemigos de la monarquía, era su alianza contra las usurpaciones de la Iglesia, y tenían razón. Pero los reyes no los escucharon; se atenían á su derecho divino, á su poder absoluto, y comprendían que no tendría ya razón de ser su autoridad divina si se arruinaba el derecho divino de la Iglesia; quedaron, pues, fieles hasta el fin á la alianza del trono y del altar, lo cual era obligar á los filósofos á combatir á la monarquía como á la Iglesia.

Hé ahí cómo se hicieron revolucionarios los filósofos, y ellos tenían conciencia de su misión. Voltaire escribía á madame de Deffand: "Yo soy un gran demoleedor;" y decía al rey de Prusia: "Será preciso trastornar la tierra para ponerla bajo el imperio de la filosofía." En otra ocasión se lamenta de que los filósofos no sean, ni bastante numerosos ni bastante celosos "para realizar por el hierro y el fuego la regeneración del mundo," (1). Como se ve, no se creía sólo llamada á demoler la filosofía; si acumulaba ruinas, era para reemplazar con un nuevo edificio el antiguo. En el discurso preliminar de la *Enciclopedia*, ese manifiesto del siglo XVIII, se lee: "Nuestro siglo se cree llamado á renovar las leyes en todo y á hacer justicia." Era declarar que se necesitaba renovarlo todo bajo la inspiración de la razón; era el anuncio de la revolución. Los filósofos tuvieron, como diremos en otra parte (2), el presentimiento de la inmensa convulsión que debía poner término al siglo XVIII: son, pues, bajo todos respectos, los precursores de la inmortal revolución que inauguró la regeneración de Francia y del mundo. ¿Quiere esto decir que los filósofos hayan hecho la revolución?

En esta cuestión se implica una acusación. Á creer á los reaccionarios, no habría habido re-

(1) VOLTAIRE, *Lettres du 1.<sup>er</sup> janvier 1770, du 15 septembre 1775, du 26 janvier 1762.*

(2) Véase el *Estudio sobre la revolución*, parte décimatercia de estos *Estudios*.

volución sin Voltaire y Rousseau; y como no ven sino crímenes y desgracias en el gran movimiento del 89, el reproche que dirigen á los filósofos tiende á representarlos como una banda de incendiarios. Formulada así la proposición de que los filósofos han hecho la revolución, es juntamente una necedad y una calumnia. La literatura es la expresión de la sociedad; si agita los espíritus, es porque el mundo participa de los sentimientos que expresa. Dad á Voltaire lectores imbuidos de los sentimientos cristianos, y el gran demoleedor no convertirá á nadie, ó, por mejor decir, no encontrará lector; poned á Rousseau en medio de una nación que crea en el derecho divino de los reyes, y ésta no comprenderá siquiera sus teorías de contrato social y de igualdad. Cuando apareció la obra de Helvetius, dijo una mujer de ingenio que había revelado el secreto de todo el mundo. Maldigase ó glorifíquese el siglo XVIII, siempre quedará el hecho de que no fueron algunos escritores quienes demolieron el cristianismo y la monarquía, y que no eran más que los órganos de los sentimientos generales. No se limita ciertamente la misión de los libres pensadores á interpretar los votos de la humanidad; hacen más que formularlos: por el poder de su genio les dan un cuerpo y un alma. ¿Habrá que reprocharlo á los filósofos y que imputárselo como un crimen? La acusación de los reaccionarios católicos es más que necia, es sacrilega, porque es Dios quien distribuye los dones del genio para servir á su Providencia. Si; á despecho de los necios clamores de la reacción, Voltaire y Rousseau, Diderot y Helvetius son los elegidos de Dios; cumplen una misión divina, y jamás la ha habido más gloriosa: son los libertadores de la humanidad. La revolución reconocida puso en el Panteón los restos de Voltaire y de Rousseau. En el sarcófago de Voltaire se leía esta inscripción: "Combatí á los ateos y á los fanáticos, inspiró la tolerancia, reclamó los derechos del hombre contra la servidumbre y la feudalidad: nos ha preparado para ser libres." La apoteosis y la inscripción se dirigen á toda la filosofía del siglo XVIII, el más grande de todos los siglos, porque ha sido el primero que se ha preocupado de la emancipación del pensamiento y de la libertad de los pueblos.

Empero hay una mancha en esta gloria. Y ¡cosa digna de notarse! al conceder á Voltaire los honores del Panteón, la revolución le glorificó por ha-

ber combatido á los ateos al mismo tiempo que á los fanáticos, lo cual era repudiar toda una faz del siglo XVIII, la escuela que no retrocedió ante ninguna consecuencia de la doctrina de la sensación. Creemos que la reprobación es justa en cuanto condena el ateísmo y el materialismo; mas los hombres que predicaron esos errores fueron menos culpables de lo que se cree. No pretendían arruinar las bases de la moral, todo lo contrario: creían fundar la moral verdadera desprendiéndola de los lazos de la superstición, y para ellos toda religión era superstición, porque confundían la religión con las creencias y las prácticas del catolicismo. Esa es su excusa; pero la excusa implica una falta; y ¿quién osaría negarla? No hablemos de las saturnales de la revolución, en las que prostitutas ejercían función de diosas, como si se hubiese querido envilecer la razón en el momento mismo en que se le erigían altares; hay un efecto más funesto todavía de esas falsas doctrinas: al destruir las nociones de Dios y de la esencia espiritual, privan á la moral de sus más sólidos fundamentos; el deber se reduce al instinto del hombre honrado. Pero ¿qué será de los que no tienen ese instinto ó de aquellos en quienes malas pasiones lo combaten? No tienen ya ni regla ni medida. ¿No será esa una de las razones de las flaquezas á que se ve sujeta la nación que ha producido los héroes del 89 y del 93? Mientras sopla el viento de los sentimientos generosos, Francia tiene el valor y la abnegación de un mártir; mas cuando llega la reacción inevitable, abandona las ideas y las creencias, selladas con lo más puro de su sangre, con el mismo furor que empleara en defenderlas. No hay un espectáculo más triste, y hay que tener una fe inquebrantable en el progreso para no caer en la desesperación.

Importa, pues, rechazar resueltamente, como lo hizo la misma revolución, el grosero materialismo que degrada al hombre al nivel del bruto. Esa reversión á las creencias del espiritualismo cristiano legitimaría la reacción si fuera sincera y profundamente sentida. Desgraciadamente, la reacción religiosa no ha pasado de la superficie; profesamos con los labios una creencia que no puede ser ya la nuestra, porque está en oposición con todas nuestras ideas, con todas nuestras aspiraciones; y hé ahí por qué, con pretender nuestro siglo ser más creyente que el XVIII, tiene hartos menos de esa fe que inspira la abnegación y el sacrificio. La hu-



manidad necesita otra religión que la de lo pasado, porque es cosa contradictoria que una religión, en todo hostil ó indiferente á nuestros sentimientos, nos guíe hacia un fin que no comprende ó que condena. Que en vez de buscar su fe en las ruinas

de lo pasado la busque el siglo XIX en sus propias entrañas, en las necesidades de su alma, y entonces hallará la energía y el poder del sacrificio que hacen capaces de grandes cosas á los hombres.



## LIBRO PRIMERO

### EL PRINCIPIO DE LA LUCHA